

Restaurando el Cristianismo original—¡para hoy!

Iglesia de Dios Cristiana y Bíblica

P.O. Box 1442

Hollister, California 95024-1442

(831) 637-1875

laverdaddedios.org • truthofgod.org • churchathome.org
afaithfulversion.org • theoriginalbiblestored.org

Fred R. Coulter

Ministro

Carta Septiembre y Octubre

15 de Septiembre, 2026

Al acercarnos a otra maravillosa Fiesta de Tabernáculos, es importante que comprendamos a fondo el verdadero mensaje del evangelio tal como lo presentaron originalmente Jesús y los apóstoles. De hecho, el evangelio está intrínsecamente ligado a la Fiesta—pues proclama el tiempo que la Fiesta representa: *la era del reino mesiánico*. Y como veremos, el Reino de Dios es fundamental para la salvación misma.

Sin embargo, la cristiandad moderna sigue abrazando un falso evangelio sobre la *persona* de Cristo, ignorando el verdadero mensaje que proclamó. Para ellos, el evangelio se reduce a “entregarle el corazón al Señor” o “recibir a Cristo”—conceptos que no se encuentran en la Biblia (hablaremos de este enfoque desastroso en un momento). En contraste, en Mateo 4, Jesús predicó el *evangelio*—la “buena noticia”—del *Reino de Dios*: “**Desde ese momento Jesús comenzó a predicar y a decir: “Arrepiéntanse, porque el reino del cielo está a la mano”**” (verso 17). Marcos registra que Jesús dijo: “**El tiempo ha sido cumplido, y el reino de Dios está cerca, a la mano; arrepiéntanse, y crean en el evangelio.**” (Marcos 1:14-15). Como veremos, *creer* en el evangelio es fundamental para la salvación. ¡Así que es mejor que lo entendamos!

Notará que nadie le preguntó jamás a Jesús: “¿De qué se trata toda esta predicación sobre un reino?”. Ya lo sabían, pues el mismo mensaje había sido proclamado por los profetas durante cientos de años. Jeremías, por ejemplo, había proclamado durante mucho tiempo: “**“He aquí, los días vienen,” dice el SEÑOR, “en que Yo le levantaré a David una Rama justa, y un Rey reinará y prosperará, y hará justicia y derecho en la tierra. En Sus días Judá será salvo, e Israel vivirá seguro. Y este es Su nombre por el cual será llamado, EL SEÑOR NUESTRA JUSTICIA.”** (Jeremías 23:5-6). Asimismo, nótese Jeremías 33:14-16: “**“He aquí, vienen los días,” dice el SEÑOR, “en que estableceré la cosa buena que le he prometido [en numerosos pasajes bíblicos] a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días, y en ese tiempo, Yo le haré crecer la Rama de Justicia a David. Y Él ejecutará juicio y justicia en la tierra. En aquellos días Judá será salvada, y Jerusalén vivirá seguramente.”**

A esto se suma Isaías 9:6-7, que habla de un *reino* que se establecería sobre el trono de David, donde habría *paz eterna*. Al comienzo de Su ministerio, Jesús visitó Su ciudad natal, Nazaret, y se puso de pie en la sinagoga para leer Isaías 61—anunciando las buenas nuevas (el evangelio) de ese mismo reino—¡Un acto que casi le cuesta la vida!

Así pues, este “hijo de David”—un término mesiánico muy conocido en aquella época—era muy esperado por los judíos devotos que conocían las Escrituras. De este modo, hombres como Simeón de Jerusalén (Lucas 2:25) esperaban con gran expectativa la “consolación”—léase: *restauración*—de Israel bajo un líder davídico que sería el Mesías tan esperado. Por eso, los seguidores de Jesús, también conscientes de las enseñanzas de los profetas, le preguntaron: “¿Restaurarás ahora, por fin, el reino de Israel?”.

¿Qué es el verdadero evangelio? ¿Y cómo se relaciona el evangelio con la salvación?

Probablemente durante el segundo año del ministerio de Jesús, Él envió a Sus doce apóstoles— aún inexpertos pero deseosos de servir a su nuevo maestro—en un breve viaje “misionero”. Trabajando en pares, fueron enviados a zonas pobladas principalmente por judíos. Se les dio autoridad para sanar y expulsar demonios, tal como habían visto hacer a Jesús. Y lo que es más importante, se les instruyó para predicar el evangelio—literalmente, las “buenas nuevas”—del venidero Reino de Dios (Lucas 9:1-2, 6).

Sin embargo, faltaba un elemento aparentemente vital: desconocían la inminente muerte y resurrección de Jesús. Solo después de que los apóstoles regresaran de su primera gira evangelística, Jesús comenzó a insinuar Su muerte (Lucas 9:22). Mucho después, los apóstoles seguían sin comprender la muerte y resurrección de Jesús—no entendían nada de esto (Lucas 18:31-34). Incluso después de la muerte de Jesús, seguían sin comprender Su resurrección (Juan 20:9).

¿Cómo es posible? ¿Cómo se puede ser llamado a predicar el evangelio sin comprender el sacrificio expiatorio de Jesús? Si, como vemos en el protestantismo, el “evangelio” se centra en Jesús, Su muerte redentora y Su resurrección, ¿qué evangelio proclamaron los apóstoles en Lucas 9? La respuesta se encuentra claramente en el pasaje: fueron enviados a anunciar el *Reino de Dios*.

Jesús vino predicando las buenas nuevas del Reino de Dios (Lucas 8:1; etc.)—anunciando que el reino mesiánico que los judíos devotos habían estado esperando (por ejemplo, Lucas 23:50-51) pronto se convertiría en realidad. En su mensaje a María, a menudo pasado por alto, el ángel Gabriel expone sucintamente las buenas nuevas del Reino de Dios—identificándolo con la casa de Jacob. Respecto a Jesús, le dice a María: “**Él será grande, y será llamado *el Hijo del Altísimo*; y *el Señor Dios le dará el trono de David*, Su antepasado; y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y de Su reino no habrá fin” (Lucas 1:32-33). Así pues, el reino de Jesús, el Reino de Dios, es en realidad un reino davídico restaurado de Israel—todas las doce tribus—destinado a llenar la tierra (Mateo 13:31-33). Por eso, los discípulos, llenos de expectativa, le preguntaron a Jesús en Su ascensión: “**Señor, ¿restaurarás el reino de Israel en este tiempo?**” (Hechos 1:6). Incluso ellos comprendían que un Israel restaurado era *fundamental* para el establecimiento del Reino de Dios.**

Si el evangelio se centra exclusivamente en el calvario, ¿por qué Jesús predicó el evangelio durante tres años sin mencionar Su muerte y resurrección? Sin embargo, en Hebreos 2:3 leemos que la salvación fue proclamada por el mismo Jesús. De hecho, como veremos, Jesús vinculó el creer en el evangelio—creer en el *reino*—con la salvación misma.

El protestantismo predica un evangelio complaciente que consiste simplemente en “salvarse” para ir al cielo. Es un evangelio desconectado del propio mensaje de Jesús—un mensaje que gira en torno a realidades geopolíticas. Por ejemplo, el renombrado Billy Graham escribió: “¿Qué es el evangelio? [Jesús] vino a hacer trabajo de tres días, a morir, ser sepultado y resucitar ... No vino principalmente a predicar el evangelio ... pero vino para que hubiera *un* evangelio que predicar.” Nótese el evidente enfoque de Graham en el mensajero, no en Su mensaje bíblico. Desestimando el mensaje de Jesús, el popular C.S. Lewis escribió: “Las epístolas son, en su mayor parte, los documentos cristianos más antiguos que poseemos. Los evangelios vinieron después. [Verdadero, pero Jesús predicó mucho antes de que se escribieran las epístolas.] Ellos [los cuatro relatos evangélicos] no son el evangelio, la declaración de la fe cristiana ... [Las] epístolas [de Pablo] son más ... centrales [para la fe cristiana] que los evangelios”.

Este lenguaje crea una dicotomía imaginaria entre los relatos evangélicos y los escritos de Pablo—sin embargo, Pablo enseñó “**todas las cosas que están escritas en la Ley y los Profetas**” (Hechos 24:14), lo cual habría incluido un evangelio del reino literal, tal como lo describieron los profetas y como lo enseñó Jesús. Martín Lutero también ignoró las enseñanzas de Jesús en los evangelios y basó las suyas únicamente en las cartas de Pablo. Calvino hizo lo mismo. Su idea era que Jesús predicó un mensaje “judío” hasta la cruz, después de lo cual Pablo llevó el verdadero “evangelio de la gracia” a los gentiles.

Parece que el evangelio evangélico del cristianismo moderno niega el propio mensaje de Jesús del reino en favor de una visión distorsionada del evangelio de Pablo. Es cierto que el enfoque de Pablo tiende a centrarse más en la gracia y la redención—el aspecto salvador de la muerte y resurrección de Jesús. Pablo se preocupaba principalmente por el *cómo del reino*—*cómo participar en él*. Además, Pablo trataba con gentiles—que no tenían ninguna expectativa nacional previa de tal reino—y cómo podían acceder al reino de Dios sin “llegar a ser judíos.” Pero el apóstol comprendió plenamente y proclamó con valentía el mismo evangelio del reino que Jesús inauguró. Un pasaje clave al respecto se encuentra en Hechos 20, donde Pablo dice que su misión era dar testimonio de las “buenas nuevas” de la gracia de Dios al proclamar el Reino de Dios (vs 24-25).

Pablo enseñó que la promesa del Reino de Dios era una expresión de la bondad y la misericordia de Dios—demostrando que la entrada a ese reino depende de la gracia. Asimismo, Pablo se centra en la resurrección de Jesús porque solo mediante la obra de un Mesías *viviente* se puede establecer el reino, para que la vida eterna sea accesible a todos. Pero un mensaje de gracia no excluye ni niega el mensaje fundamental del Reino de Dios presentado por Jesús—un reino político, territorial y literal.

El verdadero cristianismo debe estar arraigado y anclado en el mensaje exacto del Jesús histórico—un mensaje de un reino literal que traería salvación a sus seguidores. Entonces, ¿cómo se vincula el evangelio del reino con la salvación? ¿Por qué Jesús enfatizó creer en Su evangelio? (Marcos 1:15). En un contexto hebreo, creer implica la adopción de ideas que transforman fundamentalmente la forma en que una persona no solo piensa, sino que vive; creer en el Mesías significaba vivir plenamente según Sus enseñanzas y preceptos. Creer en el evangelio del reino significa vivir *para ese reino*; por lo tanto, uno estaría en armonía con el modo de vida de Dios y sería digno de participar en él.

Pero el cristianismo popular enseña un evangelio de “salvación” mediante la “invitación a Jesús a entrar en el corazón.” ¿Qué clase de lenguaje anti bíblico es ese? La verdadera salvación, sin embargo, está directamente ligada a *la participación* en el Reino de Dios que gobierna el mundo. Por eso el ladrón en la cruz dijo: “**Recuérdame, Señor, cuando vengas en Tu reino**” (Lucas 23:42)—pues incluso él comprendió que la salvación era consecuencia del establecimiento del reino mesiánico de Jesús.

Dicho de otro modo, la salvación solo se ofrece a los hombres dentro del contexto del Reino de Dios. De hecho, dicha salvación se da en tres niveles. Primero, aquellos que son llamados y escogidos por Dios (Juan 6:44,65; Efesios 1:4-5)—y que permanecen “en Cristo” durante toda su vida—heredarán la vida eterna mediante la primera resurrección. Esto ocurre al regreso de Jesús y cuando Su reino davídico se establece literalmente. A estos se les llama las primicias de la cosecha de Dios (Santiago 1:18; Apocalipsis 14:4) y conforman la novia de Cristo—que reinará junto a Jesús en el reino mesiánico (Apocalipsis 1:6; 5:10; 20:6).

En segundo lugar, a lo largo de la era mesiánica, las masas de la humanidad encontrarán la salvación al aprender a vivir en armonía con ese reino basado en Israel. En última instancia, cada nación gentil buscará emular a Israel—esforzándose por “aferrarse al vestido de un judío diciendo: ‘Te seguiremos, porque sabemos que Dios está contigo ’” (Zacarías 8:23). Una vez más, la clave es creer y participar en el Reino de Dios. (A modo de curiosidad, pregúntele a un protestante: “¿Qué quiso decir Jesús cuando dijo: ‘La salvación viene de los judíos?’ ¿Cómo encaja esa afirmación en su teología protestante?”)

Finalmente, todos los que alguna vez vivieron y murieron sin salvación volverán a la vida en la segunda resurrección (Apocalipsis 20:11-15)—llamada el Juicio (Juan 11:24; Hebreos 9:27)—y recibirán la salvación. Pero, una vez más, *la participación en el reino* es fundamental.

En definitiva, el verdadero evangelio, predicado por Jesús el Mesías y la iglesia primitiva, es el mensaje de la salvación de Dios—una salvación que depende directamente del establecimiento del Reino de Dios. La sangre derramada y la resurrección de Jesús son aspectos vitales de ese evangelio, que muestran cómo Dios, en Su gracia, ha abierto un camino para que los hombres

se reconcilien con Él y, finalmente, hereden la vida eterna.

Israel—fundamento del Reino de Dios

El “evangelio” del cristianismo moderno dismantela cualquier propósito significativo para la nación de Israel. Pero sin Israel, sin los judíos, no puede haber Reino de Dios. Como se mencionó anteriormente, el círculo íntimo de Jesús había estado anunciando las “buenas nuevas” de ese reino junto con el Mesías durante muchos meses. Y justo antes de Su ascensión al cielo, le hicieron la pregunta mesiánica definitiva: “Señor, ¿restaurarás el reino de Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6). Los judíos veían al Mesías como un conquistador, alguien que restauraría el Reino de Israel a su antigua gloria—y que luego gobernaría ese reino para siempre. Así pues, para los discípulos de Jesús, un Israel restaurado y libre del yugo romano *era* el Reino de Dios—al menos en su forma incipiente.

Identificar a un Israel restaurado con el Reino de Dios es completamente bíblico. Como Mesías, Jesús reinará sobre el Reino de Dios para siempre. Cabe recordar que en Lucas 1:32-33, el ángel Gabriel identifica ese reino con la casa de Jacob—Israel. Le dice a María: “Él será grande, y será llamado *el Hijo del Altísimo*; y *el Señor Dios le dará el trono de David*, Su antepasado; y *reinará sobre la casa de Jacob por los siglos*, y de Su reino no habrá fin.” Así pues, el reino de Jesús, el Reino de Dios, es en realidad el Reino davídico de Israel—destinado a llenar la tierra (Mateo 13:31-33).

Daniel estaría de acuerdo. Al describir la gran crisis que azota a Israel al final de esta era, el profeta sitúa a Israel—llamado aquí “santos” (es decir, los elegidos), pero que no debe confundirse con la Iglesia—en las garras de una terrible “cuarta bestia”, enfrentando una destrucción segura (Daniel 7:21, 25). Jesús advirtió sobre este mismo acontecimiento: “Entonces vendrá un tiempo de gran angustia... Y si aquellos días no se acortan, ningún israelita sobrevivirá; mas por causa de Israel, la nación escogida por Dios, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:21-22, parafraseado). Pero como muestra la profecía de Daniel, Dios interviene en el último momento y libera a Israel (Daniel 7:22)—mediante las plagas catastróficas del Día del Señor, representadas por el Día de Trompetas. Dios *extiende entonces a Israel* el mismo reino que acaba de conceder al Mesías en una ceremonia celestial de coronación (versos 13-14, 18, 22, 27). Así, en la llamada “gran tribulación”, un remanente del Israel moderno es liberado y recibe un reino—es decir, llegan a ser *un reino*—que nunca tendrá fin, gobernado por Jesús sentado en el trono de David.

¿Qué significa todo esto? Un Israel rescatado y completamente restaurado en la “era venidera” es la base del Reino de Dios. La idea de Israel como el reino de Dios se remonta a la época de David. Salomón se sentó en el trono *de Dios* (I Crónicas 29:23). David dijo que Salomón fue escogido “*para sentarse sobre el trono del reino del SEÑOR sobre Israel*” (I Crónicas 28:5). El rey judío Abías habló del “*reino del SEÑOR en las manos de los hijos de David*” (II Crónicas 13:8). Claramente, el trono de Israel era considerado el trono de Dios, e Israel era el “reino” de Dios en la tierra. Al menos, así se concibió simbólicamente.

Todo esto remite a Éxodo 19:5-6, donde Israel fue originalmente “apartado” para mostrar al mundo el modo de vida de Dios. Pero Israel nunca cumplió ese propósito, y este tema del reino restaurado se convirtió posteriormente en el foco de casi todos los profetas.

La Fiesta de Tabernáculos apunta al destino final de Israel.

La idea del destino es fundamental en la religión del judaísmo. Sin embargo, como señala el autor David Ariel, “la cuestión del destino judío sigue sin resolverse, ya que los asuntos fundamentales relativos al lugar de los judíos en el mundo están en constante revisión [rabínica]”. De hecho, los rabinos modernos proponen continuamente nuevos enfoques mientras “se enfrentan al problema del destino y la singularidad judías” (*¿Qué creen los judíos?*, pág. 133).

Parece que los judíos han perdido de vista su propósito original de ser una nación modelo. En cambio, al centrarse en sí mismos, el judaísmo se ha enfocado en ser “apreciados” por Dios,

en lugar de ser *usados* por Él. Según Ariel, la singularidad judía reside hoy en la “espiritualidad personal”—un reflejo directo de las enseñanzas rabínicas. Así, un destino definido bíblicamente que otorga propósito y significado al pueblo de Israel en su conjunto ha dado paso a un destino egoísta centrado en la práctica religiosa judaica (págs. 50-51).

Lamentablemente, esta visión popular del destino judío compromete la idea de que los judíos sean el “pueblo elegido” de Dios y, en efecto, los equipara con el resto de la humanidad en su búsqueda de “iluminación espiritual”. Pero desde una perspectiva bíblica, es un grave error confundir el destino del pueblo de Israel con el del resto del mundo. Dios no llama a ninguna otra nación “Mi escogido” (Isaías 45:4; 65:9, 22); a ninguna otra nación le ha dicho Dios: “*Pero tú, Israel, eres Mi Siervo, Jacob a quien Yo he escogido, la semilla de Abraham, Mi amigo; A quien he tomado de los confines de la tierra, y te he llamado desde sus partes más remotas. Y te dije: ‘Tú eres Mi siervo; Yo te he escogido y no te he rechazado’*” (Isaías 41:8-9). ¿Qué otra nación ha sido llamada a ser un ejemplo para el mundo según el modo de vida de Dios (Éxodo 19:6)? ¿Qué otra nación posee enseñanzas tan profundamente sabias que las naciones del mundo los buscan (véase Deuteronomio 4:6)?

Sin duda, en la *era venidera*—representada por este tiempo especial que llamamos la Fiesta de Tabernáculos—la nación de Israel cumplirá su papel original, divinamente ordenado, como nación modelo para el mundo. Pero lo hará bajo el liderazgo directo de la entonces glorificada Iglesia de Dios, la glorificada Novia de Cristo, aquellos “injertados” como “judíos espirituales” debido a la incredulidad de los judíos.

Es importante destacar que los judíos (Israel) y la Iglesia tienen roles distintos, ambos vitales para la era mesiánica. Como hijos espirituales e inmortales de Dios, la Iglesia reinará como reyes y sacerdotes sobre la tierra con Cristo (Apocalipsis 5:10; 20:6). Bajo su liderazgo, la Ley saldrá de Jerusalén (Isaías 2:3) y el conocimiento del camino de Dios cubrirá la tierra como los mares (Isaías 11:9). Los doce apóstoles gobernarán cada uno una tribu de Israel (Lucas 22:30), mientras la nación, a su vez, cumple su papel como el modelo principal que toda la humanidad deseará seguir. Así, la glorificada “novia de Cristo” servirá bajo Jesús como la élite gobernante del Reino de Dios, mientras que un Israel restaurado y redimido servirá como la nación modelo que todo el mundo deberá emular. Dos roles distintos, pero complementarios, que conforman el reino. (Es a este grupo selecto, compuesto por espíritu, al que Pablo se refería cuando decía que la carne y la sangre no podían heredar el Reino de Dios; véase 1 Corintios 15:50. Pero la mayor parte del reino, como lo expresó claramente Gabriel en su visita a María, estará compuesta por seres humanos de carne y sangre—ya que el reino de Jesús comenzará con la *literal* “casa de Jacob”).

Todo esto forma parte del verdadero mensaje del evangelio acerca del Reino de Dios. Sin embargo, ninguna iglesia protestante enseña esto. Ignoran por completo el plan de Dios de usar el cuerpo glorificado de Cristo para gobernar y enseñar a este mundo bajo Su guía. No tienen idea del papel fundamental que desempeñará un remanente moderno de Israel, en su mayoría pueblos de habla inglesa. De hecho, el destino final de Israel se resume en una sola y profunda declaración del profeta Zacarías sobre la era mesiánica: “*En aquellos días sucederá que diez hombres, de todos los idiomas de las naciones, se apoderarán y tomarán la falda de un hombre, un judío, diciendo, ‘Iremos contigo, porque hemos oído que Dios está contigo’*” (Zacarías 8:23). En la cultura de la época de Zacarías, aferrarse al manto de otro significaba buscar en esa persona guía y protección. Los diez hombres representan a todas las naciones; por lo tanto, el mundo entero seguirá el ejemplo justo de la nación de Israel, guiados por Cristo y Su esposa.

Hermanos, estas son verdades muy apropiadas para meditar durante la próxima Fiesta de Tabernáculos. Como siempre, les agradezco su amor y sus oraciones por mí y por todos los hermanos. Oro diariamente para que Dios los bendiga a cada uno de ustedes en todas sus circunstancias. Oro especialmente por su salud y sanidad. Gracias por sus diezmos y ofrendas, que se utilizan para

servir a los hermanos y predicar el evangelio del pronto Reino de Dios. Que el amor y la gracia de Dios sigan estando con ustedes. *Que tengan todos una Fiesta muy bendecida.*

Con amor en Cristo Jesús,

Fred R. Coulter

FRC

PD: Algunos en las iglesias de Dios enseñan que este año es un año jubileo. Sin embargo, según el Calendario Hebreo Calculado, esto no es así. Este año *no* es un año jubileo.